

El oficio de mirar

Alba González Sanz (Universidad de Oviedo)

[Bellessi, Diana. *Variaciones de la luz*. Madrid: Visor, 2011. XXXII Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla]

Tras ver reunida su obra completa hasta 2009 en el volumen *Tener lo que se tiene*, Diana Bellessi (Argentina, 1946) no parece haber sucumbido a ninguna tentación de cierre o acabamiento. Antes al contrario, en *Variaciones de la luz* encontramos a una poeta celebrativa y nutricia, dispuesta a hacer un ejercicio de memoria y reflexión existencial desde un discurso insertado en el medio natural, consciente de los ritmos de la tierra y que integra, desde la observación del paisaje en el espejo personal de las emociones, una conciencia circular de pertenencia.

La naturaleza es el espacio principal de este libro, pudiendo ubicar claramente a su autora en la tierra del origen familiar y en el tiempo de verano que ella emplea en escribir. Sólo un breve grupo de poemas finales que nos traslada a Marruecos altera la tónica espacial del conjunto. Pero en el fondo lo hace de forma mínima: el lugar es aquí una mirada, un estado de ánimo contextualizado en el marco natural que cambia y continúa al mismo tiempo. La poeta declara en uno de los textos iniciales, “Lección”, que “lo pequeño no es menos que lo grande/y nada permanece ni es final” (Bellessi 2011: 20), así su deleitarse en la descripción del cielo, de la vegetación, de la temperatura, que consigna cada mínimo cambio, cada variación, para armar con todos ellos el relato emocional de la memoria observada desde el presente.

La primera parte del poemario, titulada “La enseñanza silenciosa”, contiene versos de mayor carga rememorativa, muchos de los cuales evocan la figura de la madre: “Buscando un alfiler abro esta cajita/de lata redonda y rosada/que me acompaña por las islas/de casa en casa y encuentro/un sinfín de hilos de colores,//los hilos que mamá me regalara” (Bellessi 2011: 22). En este sentido, la imagen materna permite establecer un puente entre la edad presente de la autora y el pasado, reevaluando los hechos y las enseñanzas familiares desde una comprensión mayor dada por el paso del tiempo.

En ese construir la memoria, Bellessi va a reflexionar sobre cómo opera el recuerdo elaborado en la palabra poética, cuestionando también la construcción ficcional del yo a través del texto: “[...] la memoria/tan débil y tan pujantes/los hechos para mostrar/aquello que no regresa” (Bellessi 2011: 90). El tono es no obstante su desnudez, celebrativo: “doy gracias al instante en el torrente” (Bellessi 2011: 111); sin duda porque es consciente

de los recovecos de la identidad cuando dice “yo soy es una trampa pero yo/soy y honro lo que existe siendo en ello” (Bellessi 2011: 20), afirmando así una posición que es tanto discursiva como ideológica.

La voz poética está revestida de calma, de manera que la contención en muchos de los versos no se interpreta como un refreno, sino como un estado de equilibrio de tinte oriental desde el que las sacudidas de la existencia pueden tomarse como parte natural de lo que significa estar en el mundo. Este mecanismo se traslada a la reflexión metapoética, en concreto a los versos finales del poema “Arte ni parte” (Bellessi 2011: 80):

[...] ya no temo
si anacrónicos son mis poemas, si me debo
al presente o si ya fui, ni siquiera temo
a esa palabra mala de la que ahora habría
que huir como de un perro sarnoso:
lírica,

su fragilidad sí, su intemperie entregada
a cielo abierto, íntima, sin reparo ni cumbrera.

También se extiende esta reflexión en calma a la segunda y última parte de *Variaciones de la luz*, titulada “La educación del oro”. Ese oro es aquí luz: efecto de la misma sobre la tierra y registro minucioso de sus variables. Si en la primera sección nos educa la memoria, en los poemas finales lo hace la aceptación de un ritmo de la vida expresado en el transcurrir de los días y en su leve pero constante variación. Si en un verso dice “[...] lo que hay que hacer/es sencillo siempre, ésa la enseñanza” (Bellessi 2011: 74), en el poema “La simpleza” Bellessi escribe (Bellessi 2011: 157):

Cuando el verano parece eterno y compacto, cajita
de jazmín del cambio, y el corazón abierto pero temiendo
el golpe de la brisa como un pichón recién emplumado

o el que pierde las plumas y ya no quiere volar alto,
sólo quiere un lugar entre las ramas, la paz del largo día,
los últimos veranos, cuando el futuro es presente

y el desperdicio de las horas duele con evidencia nunca
percibida antes, del tesoro de la vida escapándose
veloz cuando lo único a tenerse es hoy, ahora mismo,

para sonar en la campana que afina en alabanza
la paz y la tormenta del ser entero.

Asimilamos la sencillez con asumir que “el futuro es presente” y “lo único a tenerse es hoy, ahora mismo”. En esa lucidez se inscribe el libro, cerrando con un poema compuesto por catorce sonetos encadenados, “La Corona”, en el que Bellessi evoca el sermón del silencio de Buda: a partir de la repetición de una serie de elementos (ese silencio, la rosa, la mano), la poeta reconstruye en cierto modo los temas lanzados a lo largo del poemario. Formalmente, al carecer de puntuación, el sermón se construye aquí como salmodia o canto, rehilando lo dicho mientras “[...] la luz se lleva todo/en vórtice sutil...” (Bellessi 2011: 197).

Variaciones de la luz es libro de esplendor y madurez, que contraviene la idea aceptada de que la vida camina hacia un final. Diana Bellessi, aunque se interroga por la nada y por la muerte en varios de los textos, se muestra atenta a los ciclos de la tierra y a una sucesión que tiende al círculo más que a las etapas. La vejez y la calma pueden hacer latir la vida, como la luz modifica en cada ocasión, imperecedera, la mirada de los seres ante el mundo.